

De “Cali caliginosa”

Retratos

JOSÉ ZULETA ORTIZ

Editorial Eafit, Medellín, 2017, 126 pp., il.

EL AUTORRETRATO de sir Joshua Reynolds en la carátula del libro de Zuleta está lleno de significados: el pintor deslumbrado, atenuando la luz canicular con su mano a modo de visera, observa a su modelo, que es él mismo. Parece repetir de dientes para adentro su frase sobre Rembrandt, según la cual el maestro unificaba sus obras pintando “poco más que un punto de luz en medio de una enorme cantidad de sombras”. Y bueno, así son estos textos de José Zuleta: esbozos, claroscuros y aguafuertes dibujados con palabras muy precisas, detalles iluminados sobre fondos oscuros, y casi siempre como telón secreto o evidente la “Cali caliginosa”, densa, oscura.

La primera parte de *Retratos* está conformada por once textos que podemos calificar de relatos, pues se expanden, se mueven y dan vueltas alrededor de un personaje. A su turno la segunda parte, bajo el título de “Instantáneas”, presenta trece textos donde los trazos son más rápidos, las ideas e impresiones menos cohesionadas formalmente; son apuntes de recuerdos envueltos en una cierta poesía de la nostalgia de un instante lanzado hacia el inevitable punto de fuga de los hechos.

De los primeros once, la mitad son momentos biográficos de algún personaje importante para el autor. En “Claro Oscuro”, sobre Óscar Castro, Zuleta nos sumerge en el mundo de su pasión ajedrecística a través de este maestro libertario, solitario, brillante y generoso. Acompañan la historia los “hotelitos de mala muerte”, el alcohol, las sombras de las noches de Cali y las del alma, disipadas merced al amor de los amigos y al sentido del humor que delata una conciencia inteligente. En “Tres aguafuertes y un retrato”, quizás el que más me impresionó, el personaje es el fotógrafo vallecaucano Fernell Franco, cuyo talento, que a duras penas se reconoce y se recuerda en el país, es admirado por Zuleta, y con razón. Las disquisiciones sobre la luz, al ver el trabajo de Fernell, son preci-

sas, sensibles, profundas; en resumen, son bellas. José Zuleta toma nota: “Comprendí siguiendo a Fernell que hay muchos matices de la luz, y que es un lenguaje amplio y múltiple como el de los sonidos. Entendí que la luz ondula, progresa, decae, tiene ritmo, canta y hace milagros” (p. 19). No en vano califica a Franco en la siguiente sentencia: “Fue un pastor de la luz y un guía de la sombra”.

De esta primera sección, merece su propio párrafo el texto “Mi padre, retrato a contraluz”. El padre del autor fue Estanislao Zuleta Velásquez, profesor y filósofo de gran envergadura. Este es un “contraluz” sin duda sutil y ambivalente. Una presencia de estas magnitudes dentro de la propia casa no debió ser algo para tomar a la ligera. Con cierto aire de confesión infantil y ya con la distancia del adulto inteligente, José Zuleta elabora este retrato equilibrado, íntimo y agradecido de su padre.

Las Velásquez, las tías abuelas Nena y Luisa, son los sujetos del siguiente relato, un genial anecdótico de las señoritas graduadas en “instrucción suficiente”, cuyo tránsito de provincianas a cosmopolitas se realiza de una manera natural, sin sobresaltos de arribismo, sin pretensión alguna. El libro está dedicado a ellas. Con un lenguaje coloquial, usando el cariño por las tías como lente de su “cámara de retratar”, Zuleta recoge los recuerdos, pinta la época y descubre las idiosincrasias y prejuicios de unas tías que son universales, al menos en estos universos tropicales en donde la familia extensa ha jugado un papel fundamental en nuestra crianza.

Para mi gusto se destaca igualmente, de esta primera parte, una semblanza corta de Fernando Cruz Kronfly, que plasma con palabras cuidadosas la fantástica mezcla de caleño y sirio que hacía de Cruz un novedoso híbrido, sobre lo que Zuleta asevera con razón: “(...) en un ambiente donde hay tan poco, es menester multiplicarse, es necesario desplegar todas las potencias, es inevitable rebasar el ámbito de un oficio, de una disciplina, de un destino” (p. 71). En un país tan reacio a las inmigraciones, las historias de las semillas de lenteja roja, berenjena, dátiles, almendras y pimienta de olor viajando de un continente a otro, en-

tre los sobres de las cartas con recetas del agua de azahar, son un poema por derecho propio.

La segunda sección, decíamos, es otra cosa. Los textos tienen la velocidad de la cámara sin la delicadeza del pincel; son más escuetos, menos elaborados (hasta el extremo de que la ebanistería a veces deje ver los clavos, aunque su madera sea de la buena). En la página 85 se da una transición entre ese lenguaje aún iluminado por los rescoldos del siglo XVIII, presente en la primera parte, y la urgencia del informe personal contemporáneo, propio de la segunda parte. Distintos, sí, pero conservan la calidad de la prosa ganadora de *Ladrón de olvidos*, porque José Zuleta no sabe escribir mal. Siempre hay en sus escritos un corazón de pura poesía que le sirve de tamiz a la mirada, aunque en ocasiones esta se arroje desencantada y al desgaire sobre el mundo.

La curaduría de los textos es impecable. No así, me parece, la utilización de las ilustraciones. Unos dibujos bonitos, algo *vintage*, que desafortunadamente parecen incrustados de una manera no muy feliz entre los textos. Quizás para una segunda edición, las viñetas puedan ir en su propio espacio para que estén tan aireadas como el texto, ofuscado ante una intromisión que no lo complementa. De hecho, al comienzo y al final, como un ejemplo adecuado, en un papel traslúcido y en páginas aparte, está el autorretrato de sir Joshua en blanco y negro, como guarda de esta colección de textos llenos de matices.

Ignacio Zuleta Lleras